

DICKENS Y DOS ESCRITORES ARGENTINOS DE SU TIEMPO

La relación entre Charles Dickens (1812-1870) y los escritores argentinos del siglo XIX se manifiesta en forma particular en dos personalidades de nuestras letras, Domingo Faustino Sarmiento y Eduardo Wilde. La primera trasciende los límites de lo americano para sentar plaza el área de la literatura universal; la segunda se encuentra injustamente relegada al plano de los escritores hoy poco frecuentados a pesar de que su obra, entrañable y porteña, haya marcado la cultura y el sentir de su tiempo.

Dickens y Sarmiento.

En enero de 1842, Dickens partió de Inglaterra con destino a los Estados Unidos de América. Tenía sólo treinta años y ya era célebre. Los croquis londinenses y regionales (*Sketches*, 1836) con que iniciara su carrera, las entregas mensuales de *Mr. Pickwick* que le valieron popularidad nacional, las novelas *Oliver Twist* (1838), *Nicholas Nickleby* (1839), *Old Curiosity Shop* (1840) y *Barnaby Rudge* (1841) habían coronado sus triunfos. Invitado por sus admiradores americanos a visitar la joven república, el novelista fue aclamado con entusiasmo.

No obstante, en medio de los festejos perturbadores, Charles Dickens levantó su voz para reclamar en nombre propio y de sus colegas ingleses, y aún locales, -apunta Rafael Arrieta- “los derechos de autor que los editores yanquis parecían olvidar”. Washington Irving, Hofman, Bryant, entre otros, se mostraron apasionados por la causa pero ninguno se atrevió a reconocer públicamente con Dickens “el estado abominable de la legislación” a ese respecto.

Contrariado por el fracaso de sus gestiones, Dickens sintió cómo se desmoronaban sus ilusiones sobre la gran república y, más inglés que nunca, se volvió a su isla. Antes de terminar el año 42 publicó *American Notes*: ninguna maravilla relataba allí, los estadounidenses las rasgaron con indignación. Al año siguiente apareció *Martín Chuzzlewit*: el rencor no alcanzaba al novelista pero avanzando en la lectura los americanos del norte “se encontraron frente a un espejito de mano que les devolvía una imagen caricaturesca”. Cinco años más tarde, en 1847, Domingo Faustino Sarmiento un año mayor que Dickens y entonces autor de *Facundo*, después de recorrer Europa comisionado por el gobierno de Chile -itinerario que luego recogería en sus *Viajes*- visitó los Estados Unidos a fin de recoger “con su pluma incansable y ávida todos los detalles de la creación epopéyica del Norte”. Sus notas reflejan sus deslumbramientos, meditaciones, preocupaciones de estadista y educador, su fervor americanista, su admiración creciente por la gran nación. En Londres, antes de partir para los Estados Unidos, Sarmiento tuvo la oportunidad de leer un trabajo de Horace Mann cuyas teorías pedagógicas lo impresionaron profundamente.

Una vez instalado en su nuevo destino, el autor de *Facundo* decidió entrevistar a Mann en Boston. El matrimonio Mann lo recibió con grandes muestras de simpatía. Mary Mann, que sabía castellano, actuó de intérprete en las conversaciones entre ambos educadores y Mann facilitó a Sarmiento cartas de presentación que le permitieron conocer diversas personalidades de la política, la cultura y la educación. *Conflictos y armonías de las razas de América* recogería en su segunda parte: “Los Estados Unidos... eran apenas conocidos en esta parte de América; aún en Europa misma apenas se la consideraba como una nación... Este era al menos el lenguaje de la prensa europea, que le daba cierto aire ridículo a causa de la pintura que por ese tiempo hacía Dickens, el popular novelista inglés, a su regreso de los Estados Unidos...” La disparidad de opiniones sobre el mismo país entre el novelista inglés y el político argentino -opina una vez más Arrieta- radicaba en su respectivo origen: Dickens vio en todo una caricatura desmesurada de su vieja Inglaterra, Sarmiento llevaba dentro su Argentina del porvenir y vio en aquella grandeza una realización sorprendente y auténtica de sus propios ideales. No coincidieron en nada los viajeros pues el inglés visitó los Estados Unidos cinco años antes que el argentino pero el destino o el azar los reuniría veinte años más tarde, en 1865, en una sala de New York.

No nos precipitemos.

Al llegar a la madurez de su vida, Charles Dickens, en la plenitud de su carrera, fue invitado a leer en público un capítulo de sus libros. Eligió un fragmento de *Pickwick* y tuvo un éxito triunfal. Desde niño había

demostrado cualidades de actor que empleó luego en la intimidad de su hogar para entretener a sus hijos. Seducido por el resultado de aquella lectura y por tentadoras propuestas de empresarios, Dickens inició sus giras de lector personificando ante un nutrido público que conocía de memoria sus libros, los personajes que había creado su pluma.

Hombres y mujeres, viejos y niños, ricos y pobres, llenaron las salas en que leía Dickens. No se esperaba nada nuevo pero todos querían ver y oír a sus héroes, vivientes en los labios, en la gesticulación y en los ademanes de su propio creador. El eco de aquellas giras triunfales llegó a los Estados Unidos. También sus admiradores del otro lado del Atlántico quisieron oír al novelista. Se acompañó la invitación de cifras enormes. No quedaba nada del antiguo resquemor. Charles Dickens vaciló, venció escrúpulos, aceptó y cruzó el océano por segunda vez en 1865.

También por segunda vez ese mismo año de 1865, ésta como representante diplomático de su patria ahora libre del tirano, Domingo F. Sarmiento volvió a recorrer la nación que tanto admiraba.

Mrs. Mann, para entonces viuda del pedagogo que el sanjuanino conociera en su viaje anterior, se convirtió en su “ángel viejo”, admiró su libro *Viajes, sus Recuerdos de provincia*, hizo el panegírico a sus amistades y le presentó a hombres eminentes del país. Asimismo, para que Sarmiento aprendiera el inglés, Mary le sugirió como profesora a Ida, mujer de un distinguido médico local, el Dr. James Wickersham.

Y, evocando al Alighieri en La Commedia, para el diplomático argentino, antes de asistir a una sala de New York con motivo de la lectura teatralizada de las novelas del escritor inglés, Charles Dickens fue su Galeotto:

“Galeotto fu il libro e chi lo scrisse:
quel giorno più non vi leggemmo avante”.
Inf. V, 137/138

En efecto, recrea José Ignacio García Hamilton en su *Cuyano alborotador*: “Llovió un par de días y reunidos en el salón, leían los *Pickwick Papers...*” y “...una tarde, ya en la intimidad de las clases...” la joven Ida, Mrs. Wickersham, “lo regañó por una mala pronunciación y Domingo tomó fuerza y se atrevió, avanzó hacia ella y la besó en la boca”.

El salón de Stenway, uno de los más amplios de la ciudad, estaba repleto. Un caballero calvo, de bigotes y pera canosos, elegantemente vestido, subió a la tarima dirigiéndose a la pequeña tribuna. Se hizo un gran silencio. Tenía un libro en la mano pero “repite de memoria lo que todos habían leído cien veces. Es un libro vivo; he aquí todo”, resumió después Sarmiento. En aquella ocasión el novelista inglés revivió escenas alegres y lastimosas de *Pickwick* y el educador argentino recordó que dos veces había sido declarado miembro del Pickwick Club que le dejaron impresiones placenteras. Nuestro representante pickwickiano que se preciaba de lector magistral y que tanto escribió sobre la lectura, sus métodos, su arte y su eficacia – señala una vez más Arrieta-, admiró sin reservas la dicción, la comprensión de las pausas, la mímica, la habilidad para traducir sucesivamente distintos estados de ánimo de los diversos personajes que revelaba Dickens en su lectura. Y cuando éste leyó un pasaje de *David Copperfield* referido al marino Peggoty, comentaba luego Sarmiento que la voz sorda del lector “hacía sentir dentro de la sala el ruido del enfurecido mar, temiendo casi ver asomar la proa del buque que se ve venir a estrellarse en el próximo laberinto de peñascos”.

Regresó el novelista a su tierra con doscientos mil dólares de beneficio. No repitió sus *American Notes*. Volvió el sanjuanino a la suya ungido Presidente de la República y, en los años sucesivos, “el recuerdo de Dickens asomaría repetidas veces a su pluma”.

Dickens y Wilde

Eduardo Wilde, nacido durante el exilio de sus padres bajo la tiranía rosista, fue para Ricardo Rojas un escritor fragmentario. En efecto, su obra no alcanzó ecos universales porque las exigencias de la vida y de su profesión le impidieron realizar una producción literaria continuada y coherente.

Wilde hizo de todo y con esfuerzo. Se graduó en 1870 de doctor en medicina sumando desde entonces a su pasión por la política, la lucha contra la enfermedad. Un dato curioso: redactar la tesis sobre el hipo que le valió el doctorado, lo llevó también a descubrir sus aficiones literarias.

Dotado de finísima sensibilidad siempre al asecho, “siendo médico y escritor no tuvo psicológicamente otra posibilidad que el humorismo”, apunta Florencio Escardó en su biografía sobre Wilde, y reflexiona: “La medicina y el humorismo no son sino dos formas militantes del desconsuelo” que, en el caso de Wilde, se manifiesta por una “ternura llevada al grado de poética piedad”.

En general, los comentaristas de la obra de Eduardo Wilde la vinculan literariamente con Charles Dickens y buscan sólo en su ascendencia sajona la clave primitiva de su humorismo. Ricardo Rojas, por ejemplo, cuando se refiere a *Tiempo perdido* –relatos y cuentos de marcado realismo- destaca que en uno de éstos, el recordado “Tini”, aflora el profundo amor de Wilde por los niños constituyendo el cuento “una página digna de Dickens” pues “una manera de huirle al dolor es burlarse de él”. Escardó en su análisis va más allá: Wilde, como Charles Dickens, es un hombre que vive, es el humorista que intenta reformar el mundo “porque es ese su deber moral”.

Libre de toda sensiblería, de todo barato sentimentalismo, la ternura del escritor se identifica con la del médico que llora ante un chiquito grave, junto a un enfermito irremediable que nos pintan las anécdotas más auténticas: con Eduardo Wilde, resume Escardó, el niño entra en el mundo de las letras argentinas. En una de sus cartas dirigida desde Bruselas a Ángel Estrada, Wilde evocó episodios de infancia. Es ilustrativo citarla. Como a tantos porteños aunque con más suerte que a muchos de ellos, el año 1871 le fue nefasto. El futuro médico-escritor se recuperaba entonces en la quinta de los Estrada de la fiebre amarilla que asoló aquel año a Buenos Aires. Para entretener al convaleciente, el dueño de casa le leía *Pickwick Papers*, *David Copperfield*, *Nicholas Nickleby*, libros que para él fueron un deslumbramiento, confiesa el mismo Wilde. No obstante la indudable legitimidad de emparentar literariamente a Wilde con Dickens a causa de los ingredientes comunes que ligan ambas producciones, humorismo, sensibilidad social, amor por la infancia, deseos de reforma, el porteñismo da un tinte peculiar a la obra y a toda la vida de Wilde aunque sólo una parte de aquella tenga vitalidad literaria permanente, concluye Escardó.

En suma, hemos transitado un camino inusual dentro de la creación de dos escritores argentinos contemporáneos de Charles Dickens con la intención de recuperar y revitalizar lazos que los unen y que han sido observados por distintos autores desde nuestra óptica nacional. Sirvan lazos para reforzar una mirada más honda, universalista, una mirada que sólo reconoce como fronteras, más allá de la geografía, de modas o velados intereses, el prestigio inmutable de lo trascendente, el valor de la palabra escrita en el ámbito de la verdadera literatura.

María Isabel Clucellas, Buenos Aires, 2009.